

PASCAL QUIGNARD

El amor el mar

Traducción de Ignacio Vidal-Folch

Galaxia Gutenberg

Prohibida la venta en América Latina

Título de la edición original: *L'Amour la mer*
Traducción del francés: Ignacio Vidal-Folch

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2023

© Éditions Gallimard, París, 2022
© de la traducción: Ignacio Vidal-Folch, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 2027-2023
ISBN: 978-84-19392-22-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

Primera parte

1. Los jugadores de cartas

Tres hombres, tres pelucas, tres narices, seis labios, treinta dedos rubescentes o blanquecinos, iluminados por las largas llamas de los candelabros. Estos jugadores no parece que estén jugando. Da más bien la impresión de que meditan. Por lo menos, observan atentamente y en silencio las cartas que sostienen en las manos. El resto de sus tres cuerpos está sumido en la oscuridad. Es incluso extraño. No se les ve el vientre. No se les ven las piernas. Apenas la hebilla de un zapato reluce en la oscuridad. Un poco más lejos, y apartada, hay una mujer sentada de espaldas a la chimenea. Su silueta es más pequeña que los personajes que ocupan el primer plano del lienzo. Es muy bella. Sobre la tersa tela de la falda sostiene un bastidor de bordar, pero no le presta atención. Tiene la mirada distraída. A su lado, sobre una mesa baja, hay un libro abierto, que muestra una imagen. Cuando se inclina hacia el libro, involuntariamente inclina el bordado hacia el suelo. Sobre el bastidor, se ve el dibujo de un hombre desnudo hilando lana al pie de una rodilla que la aguja de la bordadora está pinchando.

Cuatro hombres en la oscuridad, cuatro pelucas, cuatro narices, ocho labios, cuarenta dedos de uñas cortas, iluminados por las minúsculas llamas de las velas de sebo sujetas a los atriles de las partituras. No parece que los músicos estén tocando esos gruesos rollos de papel blanco que son como un oleaje que se despliega ante sus ojos en la noche. Más bien se diría que sólo los leen, o incluso que su conciencia se ha ido,

lejos, muy lejos. O que están esperando algo. O simplemente que canturrean para sí su parte, antes de hacerla sonar. Están erguidos, y son impresionantes. Con los dedos forman un recipiente que no contiene nada. Les brillan los ojos. No se ven instrumentos musicales. Seguro que se están preparando para ensayar sus cantos sin el acompañamiento de una tiorba, o de un laúd, o de un clavecín, o de una viola. Un poco más allá, detrás, apartado, se ve un sillón, grande y desocupado.

Es muy tarde. Thullyn sostiene una lámpara. Cierra la puerta del cuarto. La mano izquierda aún está sosteniendo la manija de porcelana. Luego, suelta la manija y se dirige a la ventana. Se vuelve ansiosamente para asegurarse de que la puerta por la que acaba de entrar ha quedado bien cerrada, mientras con la mano izquierda aparta la cortina. En las sombras de la cortina se esconde un hombre, al que ella sonríe. Pero se aleja para dejar la lámpara sobre la mesa del tocador. Toma el jarro. Echa agua. Se lava la cara, la frente. Se seca los párpados. Sus mejillas son muy frescas. Vuelve hacia la cortina. El cuerpo de aquel que está mirando la noche no se acerca a ella cuando descubre la tela. Está inmóvil y por encima de él brilla la luna sobre los árboles. Está llorando. Entonces ella tira de la cortina para que les cubra a los dos. Avanza la mano para deshacerle el nudo de la camisa. Desliza los dedos por su torso desnudo. Oye los sollozos que le contraen el vientre bajo sus manos. Los sollozos mueren en la piel del hombre, como burbujas invisibles que ella siente en las palmas de las manos.

De Ostende a Margate, durante los años 1650, Thullyn y Hatten se amaron.

Seguían el malecón para ir al mar. Contemplaban las embarcaciones amarradas, una junto a otra, a lo largo del muelle de madera.

La barcaza valona, la falúa árabe, el junco chino.

Un tjalk, con su extraño timón. Unas góndolas a la manera de Venecia con su pico de drakkar. Una pesada chalupa de Ostende.

–Estoy triste. Amo a una mujer –decía un día Hanovre.

–¿Y ella qué le ha hecho para que esté usted triste? –preguntó Abraham.

–Nada.

–¿Le ha confesado usted esto que tanto le preocupa?

–No.

–¿Por qué?

–Las mujeres no me gustan – dijo Hanovre–. Entonces, ¿qué puedo hacer para borrar en mí ese rostro que me atrae? ¿Cómo rechazar esos senos que se proyectan hacia mí y cuya realidad me parece, cada vez que los descubro, tan inesperada? ¿Cómo hacer para arrancar del fondo de mi alma la figura de esa mujer?

–¿Por qué siente usted semejante antipatía por las mujeres?

–Cuando las veo me parece recordar algo. Algo muy antiguo. Cuando estoy con ellas, tengo miedo. Me angustian. Su cuerpo blando, pegajoso, extraño, me retrae. Por eso me ve usted desdichado.

–¿Pero de qué le dan miedo?

–De que se vayan. Me da miedo que se vayan, porque siempre se están yendo. Tengo miedo de morir por culpa de su amor. No entiendo nada de lo que ellas llaman amor.

Ahora la barca se adentra en la sombra. Se desliza en la oscuridad. Atraca bajo los avellanos y los alisos. El casco bascula bajo sus pies cuando Hatten se incorpora para sujetar una rama que tiene encima suyo. Al apartar la rama, descubre la luna, muy pálida, en el cielo. Empieza el cuarto creciente, muy fino, muy cóncavo, muy estrecho, muy blanco. El músico salta al talud. Franquea los escalones, recubiertos de un líquen viscoso. Todo está muy resbaladizo. Hasta el camino de sirga derrapa bajo sus pies. No ha parado de llover en todo el día. Atraviesa el campo empapado. Sigue por el embarrado sendero y luego cruza la calle reluciente de lluvia. Atraviesa la plaza. Alza la aldaba gris. Llama a la puerta. Nada. Dos veces. En vano. Llama por tercera vez. Pero sólo resuena el silencio. Entonces gira la manija de bronce de la puerta. No está cerrada con llave. Se adentra en el espacioso corredor.

Una mujer baja la escalera lentamente, su blanca mano se desliza sobre la lisa madera de la baranda.

De repente se detiene en un escalón, con un pie adelantado. Le observa.

En sus labios finos nace una sonrisa que le ilumina los ojos.

Entonces, él se abalanza hacia ella. Porque basta con una sonrisa para que se abalance. Sube a saltos los escalones. En el mismo momento en que las manos se tocan, a los ojos de ambos asoman las lágrimas. Cuatro abuelos, dos jugadores, una sola partida, mil lágrimas, tal es el abrazo en cada abrazo. Ahora por las mejillas de ambos corren las lágrimas, sin que las sequen. Se derraman, se derraman. Relucen. Una única partida perdida, perdida, perdida, siempre perdida. Siempre *perdida del todo*, ya que sólo tiene una puerta que se abre a la muerte. Ya sólo les separa un escalón, el deseo es así. Es un escalón, un simple escalón, pero cuesta tanto franquearlo. Él la sujeta de las manos. Ella inclina el rostro hacia él y le tiende los labios. Él dice:

–La he estado buscando.

Ella dice:

–Yo le estaba esperando. Encontrarme no era tan difícil. Siempre he estado aquí.

La abraza suavemente. La estrecha contra sí. Se aprietan con fuerza. Él siente sus senos contra su pecho. Siente la respiración de su vientre contra su vientre. Ya no lloran. Sus corazones laten más pausadamente y sus ritmos, que diferían, se conciertan, se igualan, se equilibran, se casan. Cierran los ojos. Son muy felices.

2. *El tapete azul*

El tapete es azul. Sobre la tela azul, unos dedos llenos de sorti-
jas echan las cartas. Todas las sortijas centellean.

Otros dedos, con largas uñas curvas, cuidadas, pintadas, cuidadosamente pulidas y recortadas sobre el fondo azul de una especie de mar, las ponen boca arriba.

Sólo las manos de Thullyn están completamente desnudas. Lleva las uñas cortas y redondas propias de los músicos de arco. Los dedos de la mano izquierda tienen que correr con vigor y rapidez sobre el diapasón de madera negra. Lleva un vestido de satén azul-gris. Es un azul muy diferente del paño afelpado que cubre la mesa. El vestido sube hasta el cuello, y queda cerrado con un camafeo que tiene grabado un rostro pálido. Lleva el cabello castaño recogido en un moño. Su mirada es seria. Sus ojos marrones, casi negros, están llenos de ansiedad.

Thullyn se mantiene inmóvil sobre sus naipes. Consulta su propia vida en las figuras de colores que observa ante ella. Se informa sobre los instantes cruciales que la esperan. Bruscamente, alza los párpados y mira más lejos, al fondo de la estancia. De inmediato hace una señal a una forma oscura situada al lado de la puerta. Se inclina hacia su vecina. Entonces la jugadora central, la que lleva la banca, recoge el montón de monedas de oro. Las mete en una bolsita de suave cuero, cubierto de perlas. Se levanta. Alcanza el salón.

Las demás mujeres, alrededor de la mesa, se quedan desconcertadas.

Thullyn, a su vez, abandona el sillón donde estaba sentada pero no se dirige hacia el salón. Corre hacia el fondo de la estancia. Alza la portezuela. Sale a la calle. Está lloviendo. Ahora espera afuera, bajo las gotas que le caen sobre el moño, y que se van deslizándose, una tras otra, por su frente, blanca y despejada. Por fin llega el músico Hatten, presuroso. La toma de las manos. Hunde el rostro en esas manos desnudas, tan desnudas, tan mojadas, de uñas tan recortadas y suaves, propias de una intérprete de música. Bebe el agua que cae sobre los largos dedos de esas manos de virtuosa. La luna llena les ilumina, blanca como el marfil. Ahora están corriendo bajo la ligera lluvia. Luego una niebla muy blanca los envuelve y los hace casi invisibles. Entran en esa nube. Empujan una puerta. El cadáver, huesudo, muy viejo, muy antiguo, muy flaco, muy blanco, está tendido en la cama. La sábana está limpia, es nueva, es blanca. Los hombros descansan sobre dos cuadrantes. Los huesos de las rígidas mandíbulas sostienen una crucecita dorada. Los dedos están juntos.

Quizá rezan. La verdad es que, aunque no digan nada, Thullyn y Hatten tienen un aspecto muy feliz contemplando al muerto. Ella se sujeta al brazo del hombre al que ama. Pero él, en ese instante, se suelta, se arrodilla, hunde la cabeza en la sábana, reza. Sí, reza. No cree en nada, pero él, hoy, reza.

Una mañana, sentado al borde de la cama, mientras se secaba el vientre cubierto de semen con la camisa de la víspera, monsieur Froberger le dijo a monsieur Hanovre:

–Supongo que cuando te has corrido en la mano de otro, puedes confiarle tus pensamientos más íntimos.

Monsieur Hanovre se tomó un momento para reflexionar.

–No sé si hay que ir tan lejos –murmuró–. Se puede compartir un poco de la simiente, desde luego. Pero no del alma.

–Yo pienso exactamente al revés que usted –dijo el wurtemburgués–. Por lo menos los ensueños de gloria o de honores pueden confesarse. Después de gozar, es agradable confiarle el corazón al otro. También se pueden confesar los objetivos que uno quisiera plantearse. Se puede incluso imaginar futuros y éxitos sociales beneficiosos, para orientar el trabajo del día y ser capaces de proyectar las relaciones sociales que habrá que establecer.

–Tendría que buscar en mi fuero interno cuáles pueden ser mis ensueños de éxito social.

–Los míos son hacerme rico y estar en condiciones de aislarme de todo el mundo cuando lo desee.

–Ese no es mi caso –dice Hanovre.

–¿Qué puede ser más bello que dedicarse a lo que a uno le gusta, metido en su cuarto, sin preocuparse de nadie?

–Yo he sido rico. El juego me arrebató todo lo que tan generosamente me había concedido, pero no me gustaría volver a serlo. Ya no deseo que me obsesione esa preocupación, ni sus beneficios ni su fragilidad. Y lo que menos me apetece es volver a exponerme a las envidias que la fortuna suscita en los amigos fracasados, en los hermanos que son rivales desde antiguo, en las hermanas celosas, maliciosas, quisquillosas, eternas inquisidoras, en los músicos malignos de la competencia, en las mujeres que son santas pero absolutamente mentirosas, o en las

mujeres que son viles, sublimes, salvajes como animales y tan sinceras como ellos –dijo Hanovre.

–Usted tiene miedo.

–Sí, tengo miedo. Temo su proximidad y su amenaza. Sí, me asusta esa algarabía de voces agudas que gritan y que se empeñan en reproducir a la especie entera. Pero tampoco quiero estar solo día y noche. Creo que si siempre tuviera que estar a solas conmigo mismo, me mataría.

–A mí me gustaría estarlo. Estar a solas conmigo mismo. Solo, en la tribuna del órgano, como estaba antaño, cuando tenía doce, trece, catorce años, cuando mi madre, mi hermana y mi padre aún vivían. Solo, por encima de todos. Solo, por encima de la nave de la gran capilla de Stuttgart. Solo, con el Señor del cielo. Solo, y sobre todo invisible para el público. Porque el organista es el único músico invisible. Sí, si fuese rico, creo que dejaría el clavecín. Volvería al órgano de cuando empecé. Iría de ciudad en ciudad, porque me seguiría gustando vagabundear por las ciudades de este mundo. Pero no iría de salón en salón. Iría de órgano en órgano. Solo en mi nido de madera, de hierro, de tubos de acero, en lo alto de la pared de piedra, por encima de la nave central, pegado al gran portal monumental. Solo en el mundo y frente al mundo. Me gustaría dedicarme a mí mismo exactamente como los gatos se dedican a sí mismos, en sus tejados, pegados al eje de la chimenea, o acurrucados en la cuna de zinc del canalón. Me cuidaría muchísimo. Me lamería los dedos uno por uno, me mordería pacientemente las uñas de los dedos, le asestaría concienzudos lengüetazos al agujero de mi trasero. Buscaría los ladrillos más calentitos, las tejas curvas más expuestas al sol, las pizarras más grises, las más afelpadas, las más suaves. Elegiría vistas lejanas, inimaginables, deliciosas. Me entregaría a los rayos de sol y a la tranquilidad de la soledad. Me desperezaría. Me gustaría no tener nada que temer de los señores de la Guardia, de los oficiales, de las tropas de soldados, de los desertores, de los bandidos. Sería tan rico que ni siquiera tendría ya miedo de que me robasen. Estaría tan contento de no tener que reclamar alguna alabanza por aquí, un poco de consideración por allá,

un poco de honor abominable de la opinión de los peores, un poco de dinero para vestirme, o para beber, o por jugar a los dados, o para jugar a las cartas, a la berlanga o al faraón. Me gustaría tener una casa apartada, exactamente igual a la de mi hermano en Constantinopla, en las islas de los Príncipes. Pero no me gustaría sentirme vigilado por la policía de mi reino. Yo supongo que me instalaría en la orilla de la laguna, en una de las ciento dieciocho islitas, en una islita muy pequeña, en el archipiélago de Venecia. Un gran jardín descuidado al borde del agua. Ya estoy viendo las regaderas verdes junto a la cisterna de agua de lluvia; veo brillar sus perforadas alcachofas de cobre; una pala para trasplantar las flores; y en la orilla, una barca negra, o mejor una góndola, para ir aquí y allá. Ni siquiera un guapo marinero de hombros rosados y morenos y espléndidos. No, simplemente un remo, una caña, una red, y como única compañía, las nubes, porque se van.

—Antes muerto.

—¿Por qué dice eso? ¿Qué le han hecho las nubes?

—Estuve tocando durante toda una estación en los palacios de Venecia. Fue una estación interminable. Qué aburrimiento incesante produce el agua maloliente y estancada, el polvo perpetuo de esa arena que el viento levanta en las riberas y en las playas, que se te mete en la nariz, que te pica en los ojos, que te pegotea los rizos del cabello. El cielo siempre estaba cubierto de bruma marina. Las cuerdas de los instrumentos apenas se mantenían afinadas durante un cuarto de hora.

—Yo, además, añadiría a los animales. Aquello está lleno de animales. Gatos. Perros. Una cabra para tener leche, y gallinas para tener huevos. Incluso me gusta la compañía de los animales salvajes, que a usted tanto le asustan, incluso los rapaces. La princesa Sibyla venera todo lo que tenga que ver con el bosque, da igual que vuele o corra.

—Pues yo, insisto, tendría miedo.

—Pero es que no le persiguen. No son hombres. No tienen ninguna intención de molestar. No le asaltan, le evitan.

—A mí sólo me gustan los pajaritos posados en los arbustos, porque cuando me acerco a ellos aún están más asustados que

yo. Hasta las palomas de Venecia me temían, cuando yo iba con mi lira a una asamblea de música en el pavimento de la plaza dedicada a san Marcos.

—¿A qué músico no le gustan los pájaros, por lo menos cuando rompen a cantar, al final de la noche?

—Ahora que usted lo menciona, es cierto que me gusta que los tordos de las viñas salgan volando en cuanto acercas la mano a sus plumas moteadas y blancas como la arena, entre las cepas. Íbamos con la carreta, entre hileras de toneles, ya ebrios. Estábamos casi tan borrachos como ellos intentaban estarlo picoteando los racimos.

—A mí, cuando era niño, lo que me gustaba no eran los pájaros. Eran los peces. Las redes, las velas, las traínas, las barcazas valonas, las gabarras de mar. De niño, allí donde confluyen el Mosela y el Rin, yo iba a pescar en un estuario donde vivía mi abuelo. Solía ir con mi padre, Basilius, y mi hermano mayor. Se llamaba Isak. Fue este hermano mayor el que se retiró al mar de Mármara. Isak renunció a nuestro apellido. Recuperó el nombre de nuestro difunto padre, Basilius. Lo cambió a Basileus para despistar a los que le perseguían. Sigue tocando un poco el violín, pero la mayor parte de sus ganancias la obtiene de las aceitunas que cultiva, y de sus viñas, cuyos racimos él mismo pisa, según me escribe, al final de verano, para extraer el zumo. A mí, ahora que lo pienso, desnudo junto a usted, hoy, esta mañana, me gustaría hacerme a la mar. Sí, eso, exactamente. Ese era mi sueño cuando apostaba fuerte o cuando ganaba una apuesta, si arramblaba con un montón de escudos, de luises, de oro, de florines, sobre la mesa. Evadirme a la inmensidad sin forma, sin ninguna forma, infinita, del mar. Meter las piernas en el agua, empujar la embarcación al agua tantas veces como quisiera. Cuántas veces alimenté el deseo de perderme en la belleza del mundo. Volver a pescar con los marineros de todas las razas y de todos los colores del mundo. Afrontar las olas, y luego dejar que me lleven, que me zarandeen sus corrientes salvajes. Encontrarme con Dios, que camina en la tempestad con tanta calma, con tanta gracia, con los pies rozando apenas las crestas de las olas que se elevan hasta el cielo, y luego regresar a

puerto. Entrar en el puerto, con las velas arriadas. Volver a beber vasos de vino blanco helado con los marineros, los pescadores de red, los pescadores con cebo, los pescadores de algas, los marisqueros, los bodegueros, los pescaderos, saltando al pontón y pisando otra vez tierra firme. Comer fritura, conchas, centollo y buey de mar, sepias saladas y asadas a la parrilla, grandes filetes gruesos de atún crudo. ¡Qué bueno es!

Mientras hablaba inclinaba la cabeza. Se relamía mientras hablaba.

–De repente, su sueño me parece tentador –dijo Hanovre, el sobrino.

Se levantó, desperezó su alto cuerpo, delgado y desnudo, y miró a su compañero de placer. Observó la masa enorme de aquel coloso que ahora tenía hambre. No tenía en el torso ni un solo pelo. Tenía senos, o por lo menos dos grandes bolsas estériles, un poco carnosas y pálidas, caídas hacia los lados. El vellón, debajo de su vientre enorme, era rizado y tan negro como las plumas de las cornejas, alrededor del rosado sexo.

3. *El clavecín*

Inventario de I. I. Froberger, el año 1667, Hofkapell al servicio de madame la duquesa Sibyla von Württemberg, castillo de Héricourt.

Una mantilla de tafetán negro; una tabaquera de cartón; un estuche de cuero que contiene tres dados; una llave para afinar el clavecín; una bolsita que contiene seis martinetes para fabricar plectros de recambio; fragmentos de varias partituras de música, reunidas con un hilo amarillo.

Un pañuelo de cuadros azules.

Un sacacorchos.

Una baraja de cartas verdes y amarillas con letras alemanas góticas.

Un afinador de cobre para dar el ut, que los parisienses llaman do.

Cuando el clavecín está solo –cuando se lo deja entregado a su sonoridad fría, incisiva, tintineante, con sus agudos breves y delicados–, no llena del todo el volumen de aire de la sala. Parece poquita cosa para comenzar una reunión musical. Y también es demasiado tenue para cerrarla de forma triunfal. En las justas de músicos, la superioridad era una fuente de conflictos. El arte del clavecinista de Héricourt, que venía de Stuttgart, a la orilla del Neckar, y que se llamaba Iohann Iakob Froberger, era tan sutil, tan inconexo, tan *alaudado*, tan diáfano, que resultaba menos sonoro que la mayoría de los otros instrumentos.

Lo mismo pasaba con la tiorba alambicada de monsieur Hatten, que venía de Mulhouse. Que había vivido en Mulhouse, cuando niño, a orillas del Ill. Que también había vivido en Estrasburgo, años más tarde, siempre a orillas del Ill.

También pasaba con la viola de siete cuerdas de monsieur de Sainte-Colombe, músico que vivía en los arrabales de París, en una casa tras una hilera de sauces, que daba a la orilla del Bièvre.

A pesar de eso, cada vez que monsieur Froberger tocaba en solitario, los señores Blancheroche, Gaultier y Couperin padre, y las señoritas Thullyn, de Saint Thomas y de La Barre, se apuntaban.

Monsieur Hatten, cuyo rostro es tan particular, tan turbador, se solía situar a su lado, y volvía o sostenía en la mano las hojas de papel manuscritas en las que Froberger solía apuntar sus composiciones antes de improvisar. A veces cuando le parecía que a su amigo le fallaba la imaginación, se sentaba a su lado en la banqueta y concertaban, y luego, apoyándose en la armonía con que monsieur Hatten le había orientado, monsieur Froberger tomaba impulso y se proyectaba solo hasta el firmamento de la música. Se dice que a partir del día en que cumplió los treinta años monsieur Hatten ya no volvió a tocar en público las obras que él mismo compuso. Es verdad que era un ser huidizo. Ya no soportaba que le hiriesen, y se negaba a exponerse nunca más al riesgo de que alguien lo hiciera. Era como esos chicos que no llegan a pronunciar las palabras, a proyectarlas al aire. Se quedan retraídos, desconfiando de todo el mundo, no se exponen a que les hieran. En ellos, la palabra es reabsorbida. Estos

niños suelen ser de los más guapos: tienen una mirada inmensa, como los animales, una mirada en la que palpita la naturaleza entera, pero de la que está ausente el mundo. Una mirada a la que no aflora el lenguaje vocalizado por los grupos y siguiendo el cual los diferentes sexos, o los géneros, o las clases, o las naciones o los reinos se enfrentan, nada más abrir la boca.

Thullyn está a punto de desvanecerse. Está muy pálida bajo la lluvia. Seguro que tiene demasiado calor por culpa del gran abrigo de pieles que la protege de la lluvia. Está a punto de desplomarse. Se apoya en la pared.

–Espere –murmura.

Hatten la toma de la mano. Tiene que sostenerla. Empuja la puerta del piso. La desembaraza del largo abrigo lapón que lleva puesto. La lleva al sillón junto a la ventana.

Una vez sentada frente al mar, ella guarda silencio. Qué bella es esta mujer sentada. Recobra el aliento. Descansa. Qué pálida y resplandeciente es esta joven.

Ahora Hatten extiende sobre el lecho la pesada piel blanca, que les sirve de manta cuando el frío de la noche invade la estancia.

Intenta hablar con ella.

Le pregunta qué le pasa.

–Nada. Nada. Soy feliz.

Luego, guarda silencio.

Más tarde, se vuelve hacia él. Le mira. Dice:

–Cuánto le necesito, usted no se lo imagina. Mi cuerpo entero detesta el momento en que usted se dispone a marcharse.

4. Las ventanas

La felicidad es ese desconocido que llega como una borrasca a la orilla.

Desordena el mundo más de lo que lo pudiera hacer una tempestad.

Se lleva por delante chozas y carromatos.

Invisible, abate los árboles.

Los cascos de los barcos vuelan por el cielo.

Cuando la felicidad se presenta, hay que ser valientes. Es tan difícil: acoger la felicidad. Cuando esta surge, espontánea, sorpresiva, tensa, enloquecida, avasalladora, incomprensible, no hay que asustarse. Ante la felicidad no hay que palidecer, igual que ante el sufrimiento no hay que echarse a temblar. Un romano, al que se le ocurrió empuñar el cuchillo para defenderse, se inclinó, cayó y provocó el incendio de la ciudad, que al amanecer ya no era más que un inmenso montón de cenizas apagadas, entre las que lo único que se veía era el brillo de la hoja de aquel cuchillo. El maestro de armas que instruye a los jóvenes en el Vlaams Hoofd, frente al Kranenhoofd, en Amberes, siempre dice que durante el asalto hay que guardarse de vigilar el brillo de la punta de la espada.

Hay que concentrarse en la mirada del adversario –o también en los ojos de la amada–, mirar sólo los ojos.

Mirar el arma es perder la cabeza.

Pensar en protegerse, ya es morir.

A la melancolía lo único que le gusta es el paisaje en el que se calma, porque puede derramarse en él. Así se hace tan grande como la vista alcanza.

–¡Marie, Marie! ¿Qué estás mirando?

Marie Aidelle les daba la espalda. Estaba en la ventana que da al canal que se junta con el Escalda y luego desemboca en el mar del Norte. Se encogió de hombros. Sus ojos eran como turquesas. Dirigiéndose a Meaume, a Abraham, a Hatten, que se encontraban detrás de ella, cuchicheó:

–Las mujeres que están de pie tras la cortina de su ventana no miran nada. A vosotros, los hombres, que os gustan las competiciones, o la excitación del deseo, o la guerra, a vosotros que tanto os gusta lanzaros ciegamente a los grandes discursos que no os protegen de nada y que os llevan directamente a la muerte, provocando los magníficos combates que son vuestra perdición, os parece que ellas están mirando el mundo, los alrededores, el puerto, el muelle por donde van los hombres. Pero no miran nada de todo eso.

—¿Entonces, que hacen junto a la ventana, si no están mirando el paisaje que ven desde allí? ¿Qué hacen, con la frente apoyada en el vidrio? ¿Contemplan, acaso, el embarcadero donde se amontonan las mercancías? ¿Contemplan, acaso, la chalupa que está volviendo del barco?

—No miran nada de nada. Esperan. Esperan, eso es lo que hacen, esperar. Esperan algo que no es un barco. Aguardan algo que no es un cargamento. Desde luego que no buscan, aguzando la mirada, un regreso, y menos una repetición. Esperan una llegada inexplicable. Esa es su vida. Se impulsan, o mejor dicho preparan su impulso movilizándolo todos los músculos bajo la ropa. Porque, más allá de su belleza, las mujeres están llenas de músculos. Su vida siempre es más grande de lo que pueda serlo la vuestra. Ellas son portadoras, y vosotros no contenéis nada. Engendran, y vosotros no parís nada. Maduran, y vosotros no producís fruto. Ese es su amor: está ante ella. Nunca con ella.

—¿Ni siquiera en sus brazos?

—Ni siquiera en sus brazos.

Marie Aidelle se levanta. Toma unas tijeras de hierro.

—Quiero tener un hijo.

Entonces se va al parque de Abraham, que se extiende a lo largo del canal, ante el gran estanque que abastece de agua a Rhuys, se acuclilla, elige y corta flores para formar un ramo. Tulipanes negros.

Esperan la chalana en el Vlaams Hoofd. Allí donde, cada vez que zarpa un barco, redobla la campana.

Miran el pequeño tjalk que está llegando sobre el agua oscura. Como una cáscara de habichuela. Un pequeño tjalk flamenco.

Lo que en el Escalda es un tjalk, en el Mosa es un herna.

—Oh, es sólo una chalupa, va descubierta.

—Da igual, no está lloviendo.

—Lleva cajas de espárragos.

—Son los primeros de abril.

—Hay que pedir un deseo.

Los cuadros procedentes de Holanda en los que se ve a mujeres leyendo cartas junto a una ventana las representan ausentes del mundo en el que, no obstante, están, de pie, plantadas orgullosamente, con una maravillosa prestancia. Tienen la piel muy blanca. Por encima de las cejas y sobre el puente nasal, la piel es por decirlo así transparente. El haz de luz de la ventana hacia la que están vueltas difumina la limpidez, la delicadeza, el relieve de sus semblantes.

Les encanta el sol.

Es la estrella que creó este mundo lo que admiran al fondo del cielo azul. Lucen unos moños sublimes. Son como dalias, son como cardos bañados por el sol. De pronto, la superficie de su frente aumenta porque la inclinan hacia el papel que tienen desplegado entre las manos: ahí está el verdadero tesoro. No está al otro lado del vidrio, está entre sus dedos. El papel que despliegan, que están leyendo, siguiéndolo con el dedo.

En realidad, se han ausentado del refinado entorno, la espineta, el tapete sobre la mesa, el espejo, los cuadros expuestos en la pared.

Han entrado en la espesura del deseo en el que sueñan.

Ahora están soñando con un hombre.

Qué bellas son estas jóvenes junto a la ventana cerrada al estrépito de la calle y al rumor del mundo.

Al fondo del amor hay un impulso extraordinario, que disuelve completamente el estado anterior y que es tan poderoso que logra devastar la memoria de la infancia.

Minúsculas letras en la página, que desasosiegan a quien las lee y las relee y la enrolla entre las manos.

Que la enrolla maquinalmente.

Que, de nuevo, con precaución, la desenrolla, la vuelve a leer.

Resulta que, aunque compartan el lecho, la mujer y el hombre no sueñan lo mismo.

¿Quién puede confiar su vida a los brazos que un día la abandonaron?

Los ojos de Hatten brillaban en el anochecer. Pero los dos estaban a la espera. Ponían en ello tanta intensidad. Él y ella esperaban. ¿Cuándo surgiría la serpiente de su agujero y bajaría de la montaña? ¿Cuándo se enrollaría en el árbol? ¿Cuándo surgiría el pájaro de su rama mientras ellos penetrarían en la noche del bosque? ¿Cuándo se precipitaría el jabalí, brotando arrollador desde los matorrales o su guarida?

Al principio, ella se reprochaba los sentimientos que le inspiraba Hatten. Luego, su música la deslumbró. Sus partituras eran tan difíciles que Thullyn no cayó de inmediato bajo su hechizo, pero se prendó de la tristeza particular que percibió en ellas. Y fue así como empezó a prendarse de él: prendándose de su música. Tocaron juntos. Luego él le pareció tan reconcentrado, tan bello cuando tocaba, más allá de su rostro extraño, tan infinitamente bello cuando el alma ya se había elevado por encima de la sociedad de música donde estaba tocando. Tan lejos, más allá. ¡Cuánto se alejan del mundo los cuerpos de los músicos cuando están tocando! Ella se apasionó por su obra, la compraba cuando circulaban copias, la redistribuía a los que no la conocían, llevaba la lista de todos aquellos a los que les gustaba, procuraba relacionarse con todos los que acompañaban su camino. Siguió su fama. En cuando se presentaba en cualquier ciudad, allí estaba ella. Cuando se presentó en público junto a Froberger en el ayuntamiento de Bruselas, osó acercarse a él y dirigirle la palabra. Mencionó a su maestro de viola, que se había retirado en la pequeña ciudad de Dinant, a orillas del Mosa. Mencionó a su maestro de laúd que vendía laúdes en el corazón de París, en la rue des Bons Enfants. Salieron del salón juntos. Llovía.

La rue des Bons Enfants, si se cruza el jardín del Oratoire, si se sigue a lo largo del Louvre, conduce hasta el Sena, conduce a las playas. Cae una lluvia fina sobre la masa oscura del agua. En una balsa, a una lavandera se le cae la pala al agua.

De inmediato se inclina, tiende la mano, estira el torso, estira más aún el brazo para rescatar la pala, que arrastra la corriente. De repente, esa joven que se proyectaba hacia delante,

que extendía todo lo que podía el brazo, la mano, los dedos abiertos de la mano, cae a la corriente que lleva el agua del Sena hacia el puente de Rouen, hacia el puerto de pescadores de Villequier, hacia el puerto de guerra del Havre de Grâce. Es arrastrada por el río en el que estaba lavando unas camisas. Es arrebatada por el silencio en el que ha caído. Todos los que están alrededor observan los remolinos.

¿Saldrá a flote?

Es como un juego terrible lo que dura cada vida: «¿Saldrá a flote?»

Todos observan el agua lisa y silenciosa que corre ante ellos, en la que se refleja la sombra enorme de la catedral de Notre Dame.

Todos esperan ver un pequeño remolino.

Frerberger y Hanovre, apoyados en el parapeto de madera, miran atentamente.

Todos esperan ver aflorar los cabellos.

Todos cuentan con ver, por lo menos, unas burbujas.

Todos sueñan con que un rostro emerja bruscamente y grite. Una especie de nacimiento que regurgite el agua que ha tragado, ahogándose, tosiendo, recobrando el aliento, una especie de canto. Un renacimiento. Pero nada. Sólo el agua poderosa, violenta, omnipotente, originaria, que pasa. Que ni siquiera pasa: que afluye incesantemente en su mismo pasar. Por fin, le dan la espalda. Regresan en silencio, uno a su barca, el otro a su pesca, otro a su lira, otro a su teclado de boj, una a su desesperación y su repentino grito, esa otra a su pastilla de jabón, aquella a su rodillo, que ahora maneja apretándolo mucho, y aquella otra, a la ropa que retuerce y escurre mientras llora.

Thullyn se recoge la masa del cabello atrás. Maneja un peine que extiende y estira ese gran volumen sobre su cabeza. El peine de carey despeja la frente por completo. Le desnuda hasta los sentimientos. Le llena los ojos de miedo y de sinceridad. El cabello muestra las raíces. Las sienes se estrechan. El moño se levanta. Le alarga el rostro, lo despeja. Sólo el gran amor, o bien la tempestad, y todos los arrebatos cercanos a la pasión, el

brusco deseo sexual, lo desbaratan. Eso es exactamente el amor: esa cabellera tan airosa, tan construida, que de repente se desparrama y se extiende sobre los hombros, y cubre los senos, que se dilatan. El movimiento del deseo lo libera de todo su peso. Libera su extraño perfume. La cabellera desecha se enreda. Ahora expresa un amplio desorden, el olor, la antigua naturaleza, la crin. Todo ese perfume de fiera, o de avena, o de gata, o de madreSelva, o de moras, se despierta, se eleva, se dilata como una nube alrededor del cuerpo, el olor del cabello suelto que descansa sobre la almohada o la sábana, el olor de la piel de las axilas, el olor de los pelos del mechón que protege la vulva y su secreto, todo el cuerpo desnudo, animado por el esfuerzo del placer que se busca en todo el volumen de la carne, en la tensión de los músculos, por la extensión del sexo que se eleva, por el zumo del sexo que se entreabre, se hincha, enloquece.

Por la mañana, cuando las manos de las que apenas acaban de despertar, que aún tienen los dedos desnudos de sortijas, que aún tienen casi cerrados los ojos, lo distribuyen plácidamente por encima de sus rostros, es una masa espesa, enorme, complicada, que se eleva por encima del cerebro de las mujeres que van a ingresar en el día.

Luego, ellas abren los párpados.

Se requieren dos espejos –y necesitan además largos minutos, y gestos que ellas ya no pueden ver– para formar el moño con las manos.

Basta con un beso para desmoronarlo.

Extraordinaria mancha densa, oscura, noble, vacilante, incierta, sobre la belleza de un rostro.

Centenares de velas, seis lámparas, por encima de todas esas cabezas, iluminan el gran salón. Suena la música. Ellos se levantan. Avanzan. Se enlazan. Bailan. Es un baile de ensueño. Van vestidos de fiesta. Son tan bellos. Son magníficos. Hatten es quien dirige a los siete músicos, claramente más jóvenes que él. Lleva la chaqueta de satén con alamares azules. Los que les

están escuchando se acercan unos a otros, irresistiblemente, sin querer, mientras giran sobre sí mismos. Luego todos los rostros se alzan, radiantes, hacia las lámparas, donde los cirios parecen estrellas. Los vestidos se despliegan. Entonces las nu- cas se echan hacia atrás. Los moños oscilan. Estos rostros, cuanto más cerca están, más se iluminan unos a otros, más se refractan entre sí. Y cuanto más se refractan, más arden. To- dos, todos, arden. Todas, todas miran apasionadamente las brasas en los ojos que las contemplan. Todos y todas recla- man, muy bajito, o a fuertes gritos, que el fuego prenda. Que aumente. Que los viejos leños carbonizados vuelvan a infla- marse mientras se acercan a ellos. Pedro en el patio de Anás avanzó las manos hacia la lumbre. Pedro se acuclilló junto al brasero en el frío del invierno, y Pedro se avergonzó al mirarse las manos en las llamas, se avergonzó porque había hablado, vergüenza y horror porque había traicionado a su amor. Y llo- ra al mirarse los dedos que han enrojecido sobre los carbones. Jesús mismo recogió su túnica después de la flagelación para ocultar a la vista de sus discípulos, y de los soldados, y de los sacerdotes, sus nalgas enrojecidas y luego, cuando lo clavaron en la cruz, volvió a avergonzarse e inclinó la cabeza. ¿Qué vio, al inclinar la cabeza? Es muy extraño lo que vio Dios en el mo- mento de morir. Dios, al morir, miró los dados y las cartas en las manos de los tres soldados que velaban los tres cuerpos agonizantes. Eso fue lo último que vio Dios antes de morir. Una partida de cartas. La linterna sorda que las ilumina. Tres hombres jugando una partida en la cima de la colina. Lanzan los dados a la luz de esta única llama que se ve por la puerteci- lla de nácar de la linterna. Los otros tres, por encima de ellos, desnudos, sometidos a la muerte lenta, con los brazos disloca- dos, con las manos exangües, siguen, sufriendo, la partida que los tres soldados romanos han comenzado mientras ellos len- tamente expiran.